

DOMINGO 16 DEL TIEMPO ORDINARIO

«Dejadlos crecer juntos hasta la siega» —Mt 13, 30

DOMINGO 16 DEL TIEMPO ORDINARIO

DEJADLOS CRECER JUNTOS

hasta la siega

Mt 13, 30

Dios tiene **paciencia** porque cree en el **arrepentimiento**.
Nosotros estamos llamados a ser **levadura** en la masa.





DIOS ES PACIENTE
Juzga con moderación y da lugar al arrepentimiento.



EL ESPÍRITU INTERCEDE
Sale en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros.



EL REINO CRECE DESDE ADENTRO
Como semilla pequeña y levadura oculta que transforma.



**No somos jueces, somos sembradores.
No buscamos dominar, sino servir y fermentar.**
Dejadlos crecer juntos hasta la siega.
— Mt 13, 30 —

Las lecturas de este domingo forman un tríptico articulado en torno a una única pregunta teológica y pastoral: ¿cómo convive Dios con el mal, y cómo debemos hacerlo nosotros? La respuesta común es la paciencia misericordiosa de Dios que respeta la libertad humana y da siempre tiempo al arrepentimiento. Las lecturas se articulan en tres movimientos:

- **Sab 12, 13.16-19** → Fundamento sapiencial: Dios es todopoderoso pero juzga con moderación y gobierna con indulgencia. En el pecado da lugar al arrepentimiento. Así enseña al justo a ser humano.
- **Sal 85** → Eco orante: «Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia». La bondad de Dios no es debilidad sino su estilo de gobierno.
- **Rom 8, 26-27** → Clave interior: el Espíritu sale en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos inefables. No estamos solos en la tensión entre el bien y el mal: el Espíritu ora en nosotros.
- **Mt 13, 24-43** → Cumplimiento narrativo: tres parábolas encadenadas — la cizaña, el grano de mostaza y la levadura — que revelan el estilo discreto y paciente con que Dios hace crecer su Reino en medio del mundo.

El hilo conductor es el contraste entre dos tentaciones simétricas: la impaciencia que quiere arrancar la cizaña ya, y el triunfalismo que espera una Iglesia poderosa y dominante. Jesús responde a ambas con la misma imagen: el Reino actúa como semilla pequeña y como levadura oculta — discreto, callado, transformador desde adentro. El arco va de la paciencia de Dios (Sabiduría) → al Espíritu que sostiene la debilidad humana (Romanos) → al estilo concreto del Reino (Mateo).

1. La paciencia de Dios como atributo activo (Sabiduría / Salmo): La paciencia de Dios no es indiferencia ante el mal ni complicidad con la injusticia. Es el modo propio de un Dios que, siendo todopoderoso, elige gobernar con indulgencia porque cree en la libertad humana y en la posibilidad del arrepentimiento. «En el pecado, das lugar al arrepentimiento» (Sab 12, 19). El salmo lo canta: Dios es «clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad». Esta paciencia no es pasiva: es la forma más alta de la soberanía de Dios.

2. El Espíritu como intercesor en la debilidad (Romanos 8): Pablo introduce una clave espiritual fundamental: en la tensión entre el bien y el mal que vivimos cada día, no estamos solos. El Espíritu «sale en ayuda de nuestra debilidad» y «intercede por nosotros con gemidos inefables». No sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu ora en nosotros con una profundidad que supera nuestras palabras. La vida cristiana en medio del mundo ambiguo no es una tarea heroica solitaria sino una colaboración con el Espíritu que ya habita en nosotros.

3. La parábola del trigo y la cizaña: coexistencia del bien y del mal: Es la parábola central del domingo. Jesús aplica él mismo sus elementos: el sembrador es Cristo; el campo, el mundo; el trigo, los hijos del Reino; el enemigo, el diablo; la cizaña, los hijos del mal; la siega, el final de los tiempos. La lección decisiva es que nadie tiene el derecho de erigirse en juez para separar el trigo de la cizaña antes de tiempo. Las razones son dos: la posibilidad de error (las raíces se entremezclan) y el respeto a la libertad (siempre queda tiempo para el arrepentimiento). El juicio final pertenece a Dios, no a nosotros.

4. El grano de mostaza: el estilo pequeño del Reino: Frente a la imagen del cedro majestuoso de Ezequiel, Jesús elige la semilla de mostaza: la más pequeña, casi irrisoria, que sin embargo crece hasta convertirse en arbusto donde anidan los pájaros. El Reino de Dios no se implanta desde el poder ni desde la espectacularidad. Nace humilde, crece callado, y su fuerza no viene de la cantidad sino de la calidad de su vida interior. Para los seguidores de Jesús, esto significa renunciar al triunfalismo y abrazar la lógica de lo pequeño y lo cotidiano.

5. La levadura: transformación desde adentro: La segunda parábola es aún más audaz: una mujer esconde un trozo de levadura en una gran masa de harina, y sin que nadie vea cómo, todo fermenta. Dios no actúa imponiendo desde fuera su poder, como un emperador. Actúa transformando desde dentro, de manera callada y oculta. Los seguidores de Jesús están llamados a vivir «dentro» de la sociedad, no «desde fuera» tratando de imponerse, sino como fermento de una vida más humana, digna y fraterna.

6. El fanatismo como perversión religiosa: Los textos complementarios añaden una interpelación directa: la tentación de considerarse «trigo» y condenar a los demás como «cizaña» es la raíz del fanatismo. La gente muy religiosa que se cree con el derecho de separar, condenar y excluir reproduce exactamente lo que la parábola prohíbe. El bien y el mal no son categorías que pertenecen a los poderosos: están entremezclados en cada persona, incluidos los creyentes. «La frontera entre fe e increencia pasa por dentro de cada uno».

El material invita a una interpelación pastoral (textos complementarios): ¿Tenemos un corazón misericordioso como el de Dios? ¿Caemos en la tentación de separar el trigo de la cizaña? ¿Sabemos convivir con los no creyentes sin condenarlos? ¿Somos levadura o buscamos ser cedro?

La distribución forma un movimiento de lo teológico a lo existencial: de la paciencia de Dios → al sostén del Espíritu → al estilo concreto del Reino → a la conversión de actitudes que se nos pide en la vida comunitaria y social.

Todos queremos un mundo sin cizaña. Un mundo limpio donde los malos sean castigados y los buenos premiados, ahora. Pero Dios no funciona así. Dios tiene paciencia — no porque le dé igual el mal, sino porque cree en la libertad humana y sabe que el arrepentimiento todavía es posible. Y nos pide a nosotros la misma actitud: no jueces, sino sembradores. No inspectores del campo ajeno, sino levadura en la masa. El Reino de Dios no crece desde el poder ni desde la condena: crece desde adentro, callado, discreto, con la fuerza irresistible de una semilla de mostaza.

El texto nos interpela en dos direcciones simultáneas.

Hacia adentro: ¿reconocemos la cizaña que hay en nosotros mismos antes de señalar la de los demás? El bien y el mal coexisten en cada persona, incluido el creyente más convencido. «La frontera entre fe e increencia pasa por dentro de cada uno.» La parábola invita a la humildad antes que al juicio.

Hacia afuera: ¿cuál es el estilo con que la Iglesia y los cristianos estamos presentes en la sociedad? ¿Cedro imponente que domina el paisaje, o semilla de mostaza que crece junto a los caminos y ofrece cobijo? ¿Poder que se impone desde fuera, o levadura que transforma desde adentro? Jesús no dejó la parábola del cedro sino la de la mostaza. No llamó a sus seguidores a conquistar la sociedad sino a fermentarla.

Y en el centro de todo, el Espíritu que intercede en nosotros con gemidos inefables. No estamos solos en esta tensión. El mismo Espíritu que resucitó a Jesús ora en nosotros, sostiene nuestra debilidad, y va haciendo posible lo que por nuestras solas fuerzas sería imposible: tener un corazón misericordioso como el de Dios.

Una de las preguntas más antiguas de la humanidad es también una de las más personales: ¿por qué permite Dios tanto mal? ¿Por qué la cizaña crece junto con el trigo? ¿Por qué los que hacen daño no son detenidos?

El libro de la Sabiduría, uno de los últimos del Antiguo Testamento, ya había dado una respuesta que todavía hoy asombra: Dios es todopoderoso, pero «juzga con moderación y gobierna con gran indulgencia». Podría intervenir, y no lo hace. No porque le sea indiferente el mal, sino porque en el pecado «da lugar al arrepentimiento». La paciencia de Dios no es impotencia: es su modo de respetar la libertad humana hasta el final. Y el salmo lo canta como quien ha descubierto un tesoro: «Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia».

Pablo añade desde Romanos algo que consuela enormemente: en esta tensión permanente entre el bien y el mal que vivimos cada día, no estamos solos. El Espíritu «sale en ayuda de nuestra debilidad». Ni siquiera sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que van más allá de las palabras. La vida cristiana en un mundo ambiguo no es una tarea heroica que debemos sostener solos: el Espíritu ora en nosotros.

Y entonces Jesús, sentado junto al lago de Galilea, cuenta tres historias breves que cambian todo:

La lección de la cizaña nos interpela directamente. Todos tenemos la tentación de convertirnos en jueces: de señalar quién es trigo y quién es cizaña, quién merece estar y quién no. Jesús dice claramente: eso no es asunto nuestro. Por dos razones.

Primera: porque las raíces del bien y del mal se entremezclan en cada persona, y quien arranca cizaña puede estar arrancando también trigo.

Segunda: porque siempre queda tiempo para el arrepentimiento. El juicio final pertenece a Dios, no a nosotros.

Y la lección de la mostaza y la levadura nos recuerda cuál es el estilo propio del Reino. No el cedro majestuoso sobre la montaña alta. No el ejército que conquista la calle. No la religión que impone su agenda a la sociedad. Sino la semilla pequeña que crece junto a los caminos. La levadura que fermenta la masa desde dentro. Una familia que ejerce de levadura a su alrededor. Unos jóvenes que dan testimonio de honradez en su ambiente. Una comunidad que transforma con paciencia y humildad.

El Espíritu ora en nosotros para que seamos capaces de imitar este estilo de Dios: pacientes, misericordiosos, sin condenar a nadie, confiando en que la semilla de Jesús en el corazón del mundo no terminará en fracaso. «Dejadlos crecer juntos hasta la siega.» No es resignación: es la fe más profunda.

Ahora ... qué haremos?

1

Renunciar al juicio sobre las personas: no somos árbitros del bien y del mal

La parábola prohíbe con claridad que nos erigiamos en jueces de quién es trigo y quién es cizaña. En la pastoral concreta: revisar el lenguaje de condena y exclusión que a veces usamos hacia los alejados, los divorciados, los no practicantes. La Iglesia no es un tribunal sino un campo donde crecen juntos el trigo y la cizaña hasta que Dios haga la separación.

2

Reconocer la cizaña propia antes que la ajena

El bien y el mal coexisten en cada persona, incluidos los creyentes. Antes de señalar la cizaña del mundo o de los otros, la parábola invita al examen interior honesto. Las comunidades que se consideran «trigo limpio» frente a los demás reproducen exactamente la actitud que Jesús condena. La humildad es la condición del discernimiento auténtico.

Cultivar la paciencia escatológica: dar tiempo a las personas

3 Dios da siempre tiempo al arrepentimiento. Nosotros tendemos a querer resultados inmediatos y a descartar a quienes no responden como esperamos. Proponer en la comunidad una cultura de la paciencia activa: acompañar procesos lentos, no abandonar a nadie, confiar en que la semilla sigue actuando aunque no se vea.

Dejarse sostener por el Espíritu en la debilidad

4 Romanos 8 recuerda que el Espíritu intercede en nosotros con gemidos inefables. En las comunidades agotadas, con pocos recursos y muchas dificultades, la respuesta no es el activismo compensatorio sino la oración que abre al Espíritu. Proponer momentos comunitarios de silencio, oración y discernimiento donde el Espíritu pueda actuar.

Ser levadura, no cedro: transformar desde adentro y no desde el poder

5 La parábola de la levadura es un programa de presencia cristiana en la sociedad. Los seguidores de Jesús no buscan dominar, conquistar ni imponer: buscan fermentar desde dentro con el testimonio de una vida más humana y fraterna. Evaluar en la pastoral si nuestra presencia social tiene más de cedro (poder, visibilidad, imposición) o de levadura (servicio discreto, transformación paciente, testimonio cotidiano).

Aprender a convivir con no creyentes sin condenarlos

6 En una sociedad de «diseminación religiosa», la parábola enseña a respetar el misterio de la conciencia de cada persona. Solo Dios conoce a los suyos. Los que nos llamamos creyentes estamos invitados a descubrir en los no creyentes «mucho de bueno, noble y sincero», y a reconocer que también en nosotros hay un incrédulo. Esta actitud no diluye la fe: la hace más libre, más humana y más evangélica.

DOMINGO 16 DEL TIEMPO ORDINARIO

«Dejadlos crecer juntos hasta la siega»

Mt 13, 30

«Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia»

Sal 85

DIOS ES PACIENTE

- Todo poderoso, pero juzga con moderación
- En el pecado da lugar al arrepentimiento
- Así enseña al justo a ser humano

Sab 12, 13.16-19

LA CIZAÑA: EL BIEN Y EL MAL CRECEN JUNTOS

- El campo es el mundo
- El trigo son los hijos del Reino
- La cizaña son los hijos del mal
- La siega es el fin de los tiempos

El juicio final pertenece a Dios, no a nosotros.

EL GRANO DE MOSTAZA: EL REINO CRECE DESDE LO PEQUEÑO

La semilla más pequeña se hace grande y da cobijo a los pájaros.

LA LEVADURA: TRANSFORMA DESDE ADENTRO

Una mujer toma levadura y la esconde en la masa hasta que toda fermenta.

EL ESPÍRITU INTERCEDE POR NOSOTROS

Sale en ayuda de nuestra debilidad e intercede con gemidos inefables.

Rom 8, 26-27

¿CÓMO VIVIRLO HOY?

NO JUZGAR
No somos árbitros del bien y del mal. La misericordia no es debilidad.

HUMILDAD
Reconocer la cizaña que hay en nosotros antes que la ajena.

PACIENTES
Dar tiempo al arrepentimiento. Acompañar procesos lentos.

LEVADURA
Transformar desde adentro con el testimonio de una vida fraterna.

SOSTENIDOS POR EL ESPÍRITU
No estamos solos. Él ora en nosotros y nos sostiene.

El Reino de Dios no crece desde el poder ni desde la condena: crece desde adentro, callado, discreto, con la fuerza irresistible de una semilla de mostaza.